

LUIS MELÉNDEZ

PANORAMA DE LOS ESCRITORES
CHILENOS

PARA DESCRIBIR este panorama, en que lo yermo está sin transición casi, lado a lado de la exuberancia tropical, y los escritores, aparte raras excepciones, ambulan bizarros, espectaculares, dispuestos algunos a las improvisaciones de esos ejercicios teatrales que entretenían tanto a los fenecidos mayores y a los actuales abuelitos cuando eran niños: aquellos de los transformistas, hoy olvidados; si se intenta describir con alguna fidelidad tal panorama, se requiere, primordialmente, haber logrado una buena saturación de escepticismo, pero conservando todavía alguna esperanza; como hacen las señoras con las últimas gotas de sus más preciosas esencias o perfumes de París. Siquiera eso o no habría Ensayo alguno.

El escepticismo da libertad de estimación y será, seguramente, la última y secreta libertad que le quedará al Ser Humano, si D. N. M. (debemos emplear, también, la claridad veloz de las abreviaturas simbólicas modernas: D. N. M. significa si Dios No Media). Y no mediará, porque dijo: Creced y multiplicaos (sin anticiparnos las consecuencias). Y dijo: —No comáis el fruto del Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal (no definió quiénes podrían, sin perturbarse). Mucho después, fue el primer escritor, quien, empleando la modestia que caracteriza desde entonces a todos, le adjudicó a Él aquello de haber hecho al hombre a Su Imagen y Semejanza. Nadie puede creerlo . . . ¡Si no es un escritor! sugiere maliciosamente una hermosa. ¿No ha dicho más de alguno de ellos estas sublimes palabras: Ser poeta es ya ser un semidiós?

Y, sin embargo, bien vale la pena analizar en serio al heterogéneo conjunto. Significa, aceptémoslo con agrado o no, el de los

Escritores de Chile, país calificado como el de mejor lograda madurez de Sudamérica, política, etnológica e intelectual.

Cualquier snob preguntará: ¿Pero tenemos escritores de categoría equivalente a los mejores de los otros países sudamericanos? La respuesta debe ser sí, y en todos los géneros. Incluyendo, claro está, el que dimana de semidioses investidos de divinidad poética, según ellos; o sea, tenemos, también famosos poetas, hombres y mujeres, y aunque nuestro público en general no se apresure demasiado en comprar los que todavía llama libros de versos, ignorando que los poetas abandonaron aquellos versos hace tiempo, para guiar mejor hacia la verdadera poesía, flor del espíritu; ¿quién sabe si los ancestros gallegos, vascos y araucanos sean responsables de tal desinterés? No olvidamos que el primer poeta español de Chile, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, épico y lírico, era primordialmente descriptivo; la vida interior humana, o del alma, en permanente creación e ilimitado fin, debió estar en él muy encuadrada dentro de los inamovibles principios de su muy dogmatizadora época.

Los matices de los simbolistas y los sondeos en suma profundidad de Freud, Jung, Proust, etc., no han "prendido" todavía en los grandes públicos de aluvión. Los más bellos jardines pueden ser deformados y ahogados por la selva. Otra interrogante, pero ya no de snob, es: ¿Pueden vivir los escritores chilenos de la Literatura? Salvo algún autor de "best seller" —también los hay aunque muy transitoria y excepcionalmente—, se debe contestar con énfasis: ¡No!

Las causas se multiplican y para explicarlas debiera dibujarse un diagrama con sus raíces y proyecciones: *Población, lectores, escritores, editores, publicidad divulgadora, revistas literarias, cronistas literarios, equipos comprometidos, calidad media de los librerías.*

Para desarrollar tal diagrama se requiere tomar aliento como al ascender una empinada cuesta y, todavía, sembrada de peligros, especiales contra el audaz explorador; recinto vedado si no se entra a él entonando cantigas laudatorias. ¡Guay! de quien avance sin tales ofrendas o el respaldo de cualquier equipo. ¡Adelante, a pesar de todo!

Población. Riqueza media. Cultura relativa. Ambas reducidas. Hay una instrucción primaria obligatoria, es verdad, pero el bajo nivel económico, medio obliga a la mayoría a dejar la escuela antes de cursar humanidades; a esa mayoría que depende del trabajo manual, y a no ir más allá del tercer año a muchos

de la pequeña burguesía. Todo ese mundo se “entretiene” cuando puede, con librecitos más o menos infantiles de historietas ilustradas y pueriles aventuras, librillos que atraviesan en oleadas nuestros límites geográficos, inundando las mentes con la vacuidad de una subliteratura idiotizante, con infundios apropiados para dementes; no es que sea libertina o pornográfica, es peor: como un narcótico de pacotilla si no es demagogia política de cualquier extremo. Pudiera decirse que lo menos peor son algunas tontas novelillas policiales o del cine.

Queda, para estudiarla, un reducido sector que auto se define como nuestra élite intelectual o núcleo selecto, si podemos llamarlo así, formado por individuos de todos los sectores universitarios o profesionales, y que están dotados de inquietud mental y de inteligencia, esos —los que pueden habitualmente, debe considerarse esto— compran buenos libros. Y pasamos a

Los lectores. La mayoría de tal especie de lectores si no son snobs, la peste de la época, han heredado aquel concepto tan español de mutua negación intelectual, entre sí, aunque de altanero patriotismo frente al afuerino. O sea, que la mayoría desdeña, sin querer conocerlo, al escritor chileno. Y en esto caen hasta escritores “amateurs”. Ellos son elegantes, ¡qué se les va a hacer! En este capítulo muchos habrán sido parte de anécdotas vividas semejantes a la siguiente: en Valparaíso, alguien, con fervor intelectual desprovisto de envidia, le hablaba a un conocido del talento admirable de un amigo. ¿Pero, Ud. habla así de Fulano, uno que es alto, medio callado (etc.)? Sí. ¡Pero qué va a tener talento ese! ¡Si yo lo conozco y hasta es pariente lejano mío!

Nadamos en complejo de coloniaje y por ello los escritores deben lanzarse a una “campana de liberación” de nuestros lectores, pero no a la manera comprometida; el verdadero escritor no puede ser mercenario; ni los militares, ni los santos.

Los escritores. Cultura general, vocación auténtica, disciplina del egocentrismo, capacidad admiradora de la obra ajena, egolatría desafortunada o exhibicionismo. ¡Ah! Vamos a penetrar en “La Selva Oscura” y por eso invocamos el heroísmo del Dante, tal vez perdiendo toda esperanza: “Lasciate ogni speranza, voy che'entrate . . .”.

¿Cuál es la característica más visible del escritor medio, chileno? Cualquiera responderá inmediatamente: su egocentrismo. ¡Qué árbol tan frondoso, éste! Sorprendente, porque sus raíces superficiales se ahincan en el yermo pelado de la roca primitiva, ajena al humus de la cultura milenaria. El escritor medio, o seu-

doescritor, grafómano a veces, se lanza a transmitir lo que llama su "mensaje auténtico por ser la voz vernácula". Suele ignorar que eso mismo fue ya dicho desde remotos tiempos y "vernáculamente" en torno a nuestro esférico mundo. Además, las variaciones específicas, netamente físicas del agro, de la zoología, de la botánica, de la etnografía en sus aspectos externos son mejor presentados y explicados por la fotografía y hoy por el cine, que son inoperantes, en cambio, ante los secretos y diversos mundos interiores del alma y sus reflejos emocionales, individualmente diversos, y las reservas milagrosas y todavía indefinibles de la inteligencia.

Afortunadamente, esa flora superficial y frondosa, divisa y enseña de los criollistas, va siendo reducida a su modesta significación. Un estrambótico poeta, muy fenecido, dividió un libro suyo con páginas en que se leía una sola y única bizarra advertencia: "Aquí hay leones". Más adelante, otra advertía nuevos fantasmales adversarios. Nosotros intuyámoslos y avancemos.

Y no sólo en los últimos años: desde otros muy anteriores hay en Chile escritores legítimos, diciéndolo así para evitar ese manido tópico de alto nivel, alta calidad, etc. ¿Dónde están? Los más, ejerciendo profesiones o cargos burocráticos ajenos a la literatura, haciendo cola, larga, larga para alcanzar el turno concedido por alguna editorial para publicar sus libros; otros, situados en redacciones de diarios importantes o más o menos importantes, y son los menos, y algunos, esencialmente generosos si no espectaculares y con la ilusión de esgrimir su sartén por el mango, escriben oprimidas crónicas literarias, porque el espacio para las actividades literarias se da en dosis homeopáticas y menos que mínimas en relación a las abrumadoras columnas y páginas completas dedicadas a los deportes. Y no se puede negar que con justicia, pues nuestras misiones deportivas al extranjero han llegado al virtuosismo para cosechar esos laureles de ceniza por sus resonantes triunfos morales. Por lo menos así justifican la inversión de los muchos millones de pesos dedicados a la prosecución de las esquivas victorias. ¡Mujeres, al fin! En cambio, no hay donde ilustrar al público sobre la realidad efectiva de valores intelectuales, en última instancia y en el más modesto de los casos, no inferiores a nuestros teams futbolísticos, tan optimistamente celebrados. Ilustración o información tanto más necesaria cuando Chile es una isla no sólo rodeada de agua, sino, además, de distancias. Una isla: al Norte, por un ex mar, hoy desierto, que nos da como límite territorial un río; al Este, las aguas

congeladas, en cadena, de las nieves eternas andinas; al Sur, las no menos congeladas del Polo Sur, y al Oeste, largo a largo las del paradójicamente llamado Océano Pacífico; nuestro Sur acaba de tener demostraciones de su pasividad. Algunos ahora vienen de Europa como a un refugio final ante lo que amenaza. Finis Terrae. Far, far away.

¿Qué hacen los escritores, por su parte, para vencer esa inercia opresora?

Acabamos de decir: algunos, generosos o espectaculares, escriben crónicas literarias. El plural parecía indicar cantidad estimable; en la realidad, tal vez, sobran dedos de una mano para designarlos. En cambio, la mayoría de los escritores se niega, de adentro, a manifestar públicamente en la prensa admiración o alabanza a otro escritor. Eso no . . . si no son de algún clan estrecho, privado o multitudinario, si es de los comprometidos políticos, cual sea la ideología final. ¡Qué lo hagan los críticos! —dicen. Pero bueno es oírles cuanto dicen de los críticos: cual no digan dueñas. Quienes han tenido responsabilidades en tal o cual magazine dominical de la prensa, tienen la siguiente experiencia: al solicitar cooperación a escritores, éstos se apresuran a llevar algún artículo sobre ellos escrito por algún amigo o publicado en diarios distantes; nunca, o casi nunca, ningún comentario favorable a otro escritor. ¡Qué lo hagan los críticos! Segunda experiencia: salvo excepciones, ninguna demostración estimulante de aprecio o agradecimiento, por muy laudatorio que haya sido el comentario. Sí, las condenaciones y negaciones caen sobre el cronista literario como la lluvia en nuestro Sur, y tanto es así que el más prestigiado, hasta fuera del país, y también el más discutido, aun cuando todos reconocen su maestría de escritor, ha resuelto no emplear más sus columnas en un gran diario, comentando escritos o libros de chilenos. Tal decisión, que si en lo esencial parece empequeñecer su dimensión espiritual, en lo humano la explica por amargo cansancio.

Crónica o crítica literaria. En un más o menos reciente número de la Revista Literaria de la SECH, tan distanciada y en verdad confidencial, debido a su formato y precio, se estudiaban los obstáculos que se oponen a su extensión: limitación de los espacios para ese fin en la prensa grande. Su deficiente administración funcional, cuando llegan a conceder alguna modesta sección, encargando de ella no al más apto sino al oportuno amigo que lo solicitó y que no complicará con criterios avanzados ni aceptación de polémicas. La literatura parece asunto baladí. Las polémicas

micas son bien acogidas en las numerosas páginas dedicadas a los ejercicios de los pies o de los puños. Y a las patitas de los caballos. Entonces el crítico o cronista no puede sino condensar la expresión de sus juicios, abonándolas con razones en la más condensada síntesis. O el compaginador del diario podará la crónica como su propia desdeñosa seguridad de criterio lo decida.

Error de escritores y de lectores es pensar que la palabra del crítico tiene esa infalibilidad, ex cátedra, asignada y reconocida por los católicos al Papa. Los propios cronistas y críticos inteligentes han repetido hasta la majadería que sus juicios sólo pueden tener la garantía de las razones invocadas y que su eficacia está en el ingenio, buen gusto y sutileza —pudiera decirse capacidad de seducción intelectual— para crear sugerencias e interés en el lector; hacerlo interesarse con su propio personal criterio (o que lo crea así) en la obra presentada. Así, parece más necesaria la polémica. Los deportistas de todas las especies tienen a su disposición enormes, millonarios estadios de concreto y muy concretas cajas financieras.

Los escritores, la gente de la inteligencia, no puede desarrollar sus justas en ningún, siquiera modesto estadio . . . de papel dominical. Los escritores propiamente dichos, no los periodistas, no disponen de cajas de ninguna especie, ni siquiera de previsión. Ahora no cuentan con ninguna revista barata que esté al alcance del gran público, y sin ese gran público que lea, falla el primordial fin del escritor: civilizar, revelar los valores espirituales. No hay civilización auténtica y vital fundada y sostenida únicamente en el progreso mecánico; peor aún: el exclusivo progreso mecánico llevará a la anulación del Ser Pensante, transformándolo en un perezoso autómatas fisiológico y nada más; diciéndolo con énfasis, lo hará descender al nivel sólo instintivo de las bestias.

Revistas. Hace años, y esto pertenece ya a la historia, aunque la mayoría de los héroes, o todos, sobreviven, héroes, sí, unieron su fervor artístico y sus sacrificios económicos, porque no tuvieron ningún Mecenaz, crearon, lanzaron a la calle y mantuvieron durante años, la revista "Letras", en modesto papel de diarios, formato "tabloid" o que llamamos un cuarto de Mercurio, a un precio mínimo, pero que aún no ha sido superada en su eficaz aporte cultural e imparcial fervor literario. Ellos fueron cinco; en orden alfabético: Cruchaga Santa María, Angel; Del Solar, Hernán; Délano, Luis Enrique; Hübner, Manuel Eduardo, y Reyes, Salvador. Se vendía en los quioscos. Sucesores la hicieron "elegante", y luego murió de consunción. La SECH, en vez de se-

guir tan constructivo ejemplo, ha editado distanciados, estacionales números de bolsillo, con precios al margen de toda abundante divulgación. Fuera de ella y de las de circulación más o menos interna de institutos, continúa la antigua "Atenea", pero que por ser primordialmente universitaria, aunque literaria, por su precio, relativamente alto, acaso obligado por la tradición de su formato, no puede cumplir esa finalidad masiva, necesaria hoy más que nunca, y no por política alguna, sino por crecimiento de población.

Las editoriales. Es fácil criticarlas, pero tal vez sea mejor encargar su defensa al abogado del diablo. El diría que después de todo lo expuesto, la Editorial amplia, estilo europeo, no es posible en Chile, todavía. No pueden sino ser comerciales y si no cuentan con esos elementos de cooperación indispensables, cuya ausencia o fallas se han detallado aquí someramente, no pueden exponer grandes inversiones para civilizar, ellas, al gran público.

Hubo un solo editor dispuesto a la precursora aventura, hace años, y fue don Carlos George Nascimento, pero diversas limitaciones, que necesitarían largo estudio, hasta polémico, entre las que deben contarse dificultades de distribución, han detenido su crecimiento. Existe en América el Fondo de Cultura Mexicano, una institución editorial estupenda, mas su financiamiento fue iniciado y acaso mantenido por el Gobierno mexicano.

Pero México es un país con características muy diversas al nuestro. Salvo una, las editoriales chilenas no tienen elementos propios de divulgación, como esa "Gaceta", por ejemplo, del Fondo de Cultura Mexicano, y las afines de casi todas las grandes editoriales del mundo. Y la que los tiene no los emplea para eso. El libro literario todavía parece, sin una eficaz divulgación, algo aleatorio en la industria impresora.

Por fin ese perverso abogado, el Gran Sofista, renuncia a defender a tal conjunto. Nada con editores, escritores, cronistas, lectores, libreros, etc. De entre ellos nadie lo defendería a él.

Nadie, tampoco, porque no hay para ellos estadios ni fortalezas, a quienes no quieren ser triturados en ninguna de las dos mandíbulas extremistas por tener, todavía, fe en la dignidad personal, independiente, del alma humana.